

deseo, la miseria de la existencia, la miseria de la ignorancia, la miseria del designio; cómo pueden, en fin, ser vencidas todas estas miserias y cómo desaparecen sin dejar huellas. Yo sé también lo que es la ilusión, la inmensidad de la ilusión; cómo puede destruírsela y cómo desaparece sin dejar huellas tras sí.»

Así, pues, el vencimiento de todo deseo, el desprendimiento de las cosas de este mundo, y como esperanza suprema la destrucción de la forma, es decir, de la ilusión, y la entrada en el dominio del Nirvana, donde la conciencia y el pensamiento mismo desaparecen, tal era la doctrina que Zakya-Muni fué á predicar cuando se levantó de debajo del árbol de la sabiduría y volvió hacia sus hermanos.

Si Zakya-Muni no hubiera enseñado al mundo sino las abstracciones filosóficas puestas en su boca por la leyenda, su nombre no hubiera jamás salido del oscuro polvo en que duermen tantas generaciones. Los razonamientos filosóficos no mueven á las muchedumbres. Sólo la voz del sentimiento puede sobre ellas influir. Para conmover á los hombres hace falta compartir sus aspiraciones, sus sufrimientos y enardecer su corazón.

Como ha dicho acertadamente un poeta:

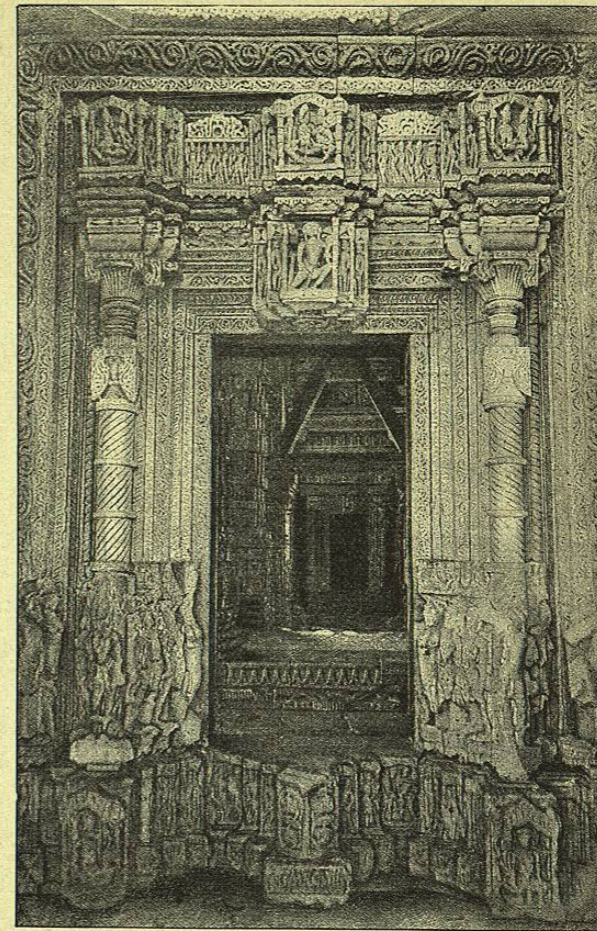
«Lo que adoramos con tanta angustia, mujer ó dios, comparte siempre nuestros dolores.»

Ahí es donde es preciso buscar el secreto del prodigioso ascendiente que ejerció Buda. Este hijo de rey, voluntariamente convertido en mendigo para compartir la miseria de las muchedumbres y enseñarlas á sustraerse á ella, supo conmover su corazón. Como Cristo, Buda comprendió y compartió el dolor de los hombres y les enseñó el valor de la caridad y de la esperanza. Por eso es todavía su dueño.

Resumida brevemente la vida de Buda, tal como la presenta la leyenda, quedamos hablar de su religión, no por cierto tal como él la desenvolvió por primera vez cuando abandonó el árbol de la sabiduría, sino tal como sus discípulos la han comprendido y establecido, y tal como aparece en los libros que nos han dejado.

### 3.º — LA RELIGIÓN BÚDICA

No es, propiamente hablando, una religión nueva lo que aportó al mundo el budismo. Fué una nueva moral. En cuanto á los



GWALIOR. — Pórtico que da acceso á una de las salas del templo de Sas Bhao

dogmas, tenía sólo uno, puesto que su única afirmación era la de la ilusión y la de la nada.

En la práctica no trastornó ni combatió nada. Dejó subsistir el brahmanismo con sus dioses y sus castas; sólo que los dioses y

los demonios, el brahmán y el sudra, no fueron más que formas efímeras, transformándose sin cesar y que antes ó después llegaban á una disolución suprema precedida por el estado de Buda. Hacerse Buda, es decir, poseer la inteligencia absoluta, ver como en un relámpago la larga serie de existencias anteriores, el fin de la vida, el largo encadenamiento de los efectos y de las causas, entrar después en la paz suprema y eterna del Nirvana, tal era el fin á que caminaban, á través de las transmigraciones y las encarnaciones innumerables, todos los seres vivientes, las plantas, los animales, los dioses y los hombres.

La naturaleza, eterna, habiendo existido en todo tiempo y formando la esencia de todo, era considerada como una nada sin fondo, como un vacío inconmensurable. Algunas veces, sin embargo, por efecto fatal del deseo, ese vacío tomaba una apariencia, se hacía susceptible de sensaciones, de conciencia, de voluntad; vivía, en una palabra. Desde entonces comenzaba la serie de transformaciones. El principio supremo encarnado, desde luego capaz de realizar ciertos actos, buenos ó malos, no podía recobrar más su apacible esencia sino por el mérito de sus actos. Su paso de un estado inferior á un estado superior estaba determinado por el Karma, es decir, por el conjunto y como la resultante de todas sus acciones, de todas sus palabras, de todos sus pensamientos durante una de sus vidas. Llegaba, en fin, al estado de hombre, después al de religioso, de éste al de Bodhisatva, y, en fin, después de haber llegado á Buda, volvía á caer en el abismo eternamente mudo y en calma de que el deseo le había hecho salir. Pero tanto como había vivido, ese deseo le había acompañado, arrastrando su cortejo de todos los dolores. Vencer el deseo para llegar cuanto antes al reposo supremo, tal era el fin de todo verdadero budista.

Al lado de este esfuerzo constante y eficaz vienen las buenas acciones que tienden al mismo fin. Acciones de hecho, de intención, de palabra ó de pensamiento, todas se cuentan y no hay una que no dé su fruto.

La doctrina del Karma, en la que las obras de cada uno de-

terminan las formas bajo las cuales resucitará más tarde, constituye igualmente, como hemos visto, la esencia misma del brahmanismo. Pero en el budismo la moral es mucho más elevada. Desde luego toma en cuenta la vida interior, todos esos actos que se cometen á diario ó en el misterio.

Como el Evangelio, Buda reputa asesino al que quiere el mal de su semejante, y como culpable de sensualidad al que codicia solamente el fruto prohibido. No admite el rescate de las faltas por la penitencia; ninguna expiación, voluntaria ó involuntaria, puede evitar al efecto seguir á la causa, á la acción de producir sus resultados. La diferencia fundamental, en fin, consiste en el ardiente espíritu de caridad que anima esta moral nueva, en su humildad, en su dulzura, en su benevolencia, en su tolerancia universal.

Una reforma religiosa que dignificaba á los desgraciados oprimidos por el régimen de castas; que los hacía, si no política, al menos teóricamente iguales por su naturaleza y por su porvenir á los orgullosos dominadores; una reforma que llevaba tiernas palabras y dulces preceptos á una sociedad dominada por un régimen de fuerza; que sobre todo se vanagloriaba de demostrar las causas del dolor, de remontar hasta sus fuentes, de dar los medios de destruirlo á una raza abatida por un clima cálido y espantada por las pesadillas de una feroz religión, como por los frecuentes furios de los elementos despiadados; una tal reforma tenía probabilidades incomparables de alcanzar gran éxito. Nacida de evidentes necesidades, estaba creada para responder á ellas. Que no se pretenda, pues, buscar en las sutilezas de sus doctores y en sus últimas deducciones filosóficas motivos por qué admirarse del triunfo del budismo y contradicciones entre su moral y su doctrina.

La doctrina vino más tarde, y el pueblo, por otra parte, no la entendió jamás. Lo que entendió fué el grito de caridad y de esperanza que de pronto hendió su cielo y al cual respondió en seguida con todos los ecos de su alma.

Causas materiales vinieron en ayuda de las morales para fa-

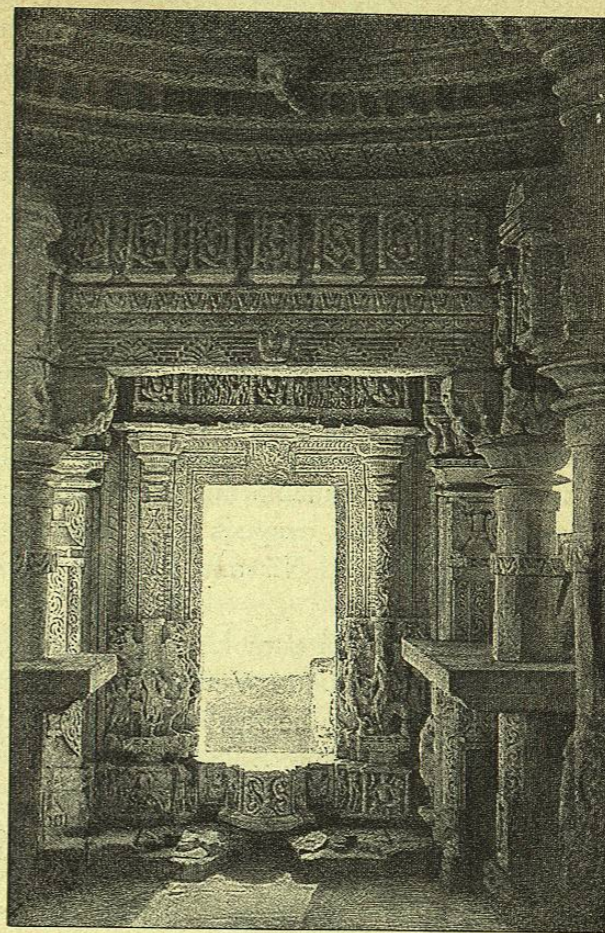
cilitar la propagación del budismo en la India. Toda la parte septentrional de la península, que constituye el Indostán propiamente dicho, se hallaba reunida, dos siglos y medio antes de nuestra era, en un solo imperio cuyo soberano era Asoka. En una monarquía absoluta basta que el señor adopte una religión para que se la vea en seguida florecer y extenderse. Esto fué lo que ocurrió al cristianismo en el imperio romano cuando Constantino se convirtió á él. Asoka, siguiendo una expresión que muchos autores han empleado ya con gran exactitud, fué el Constantino búdico de la India.

Los preciosos documentos que dejó y que consisten en inscripciones grabadas sobre columnas y piedras en todos los ámbitos de su vasto imperio, demuestran á un tiempo con qué ardor se dedicó á hacer triunfar las nuevas doctrinas y cuán verdad es que el aspecto verdaderamente popular y accesible de esas doctrinas, el que las hizo aceptar desde luego por los ignorantes como por los sabios, por los parias como por los brahmanes, fué su moral bienhechora y su espíritu de caridad.

La filosofía búdica tenía sus orígenes más altos, hasta en las antiguas sectas contemporáneas del brahmanismo primitivo, y no debía desenvolverse sino más tarde. La Iglesia búdica misma, con sus congregaciones religiosas, su confesión, sus reliquias, su Buda deificado, no estaba aún fundada. La leyenda de Buda no circulaba aún, y apenas si una ó dos veces nombra Asoka al gran reformador. La sola revolución que puede fecharse en el reinado de este príncipe, revolución fundamental que contribuyó con todas sus fuerzas á realizar, fué la transformación de la moral, el nuevo aspecto de los deberes de los hombres unos respecto de otros, la destrucción del pesado yugo brahmánico, la aurora de esa era de dulzura y de profunda caridad que renovó desde el fondo á la superficie el viejo mundo asiático.

Poco á poco, sin embargo, el budismo se convirtió en una religión regularmente constituida, con sus dioses, sus ceremonias, su culto y su filosofía. Desgraciadamente, para su triunfo

definitivo faltábanle divinidades, y sin proponer ninguna en particular á la adoración de la multitud que no puede pasarse sin ellas, dejó subsistir todas las del brahmanismo. En vano las



GWALIOR. — Vista interior del pequeño templo de Sas Bhao. (Siglo XI.)

colocó debajo del hombre religioso y sobre todo del hombre llegado al estado de Buda. La multitud de esas divinidades no perdió jamás sino muy débilmente sus derechos en el espíritu supersticioso de las masas, y más tarde, esa multitud de dioses, destruyendo el budismo y absorbiéndolo, le obligó á fundirse